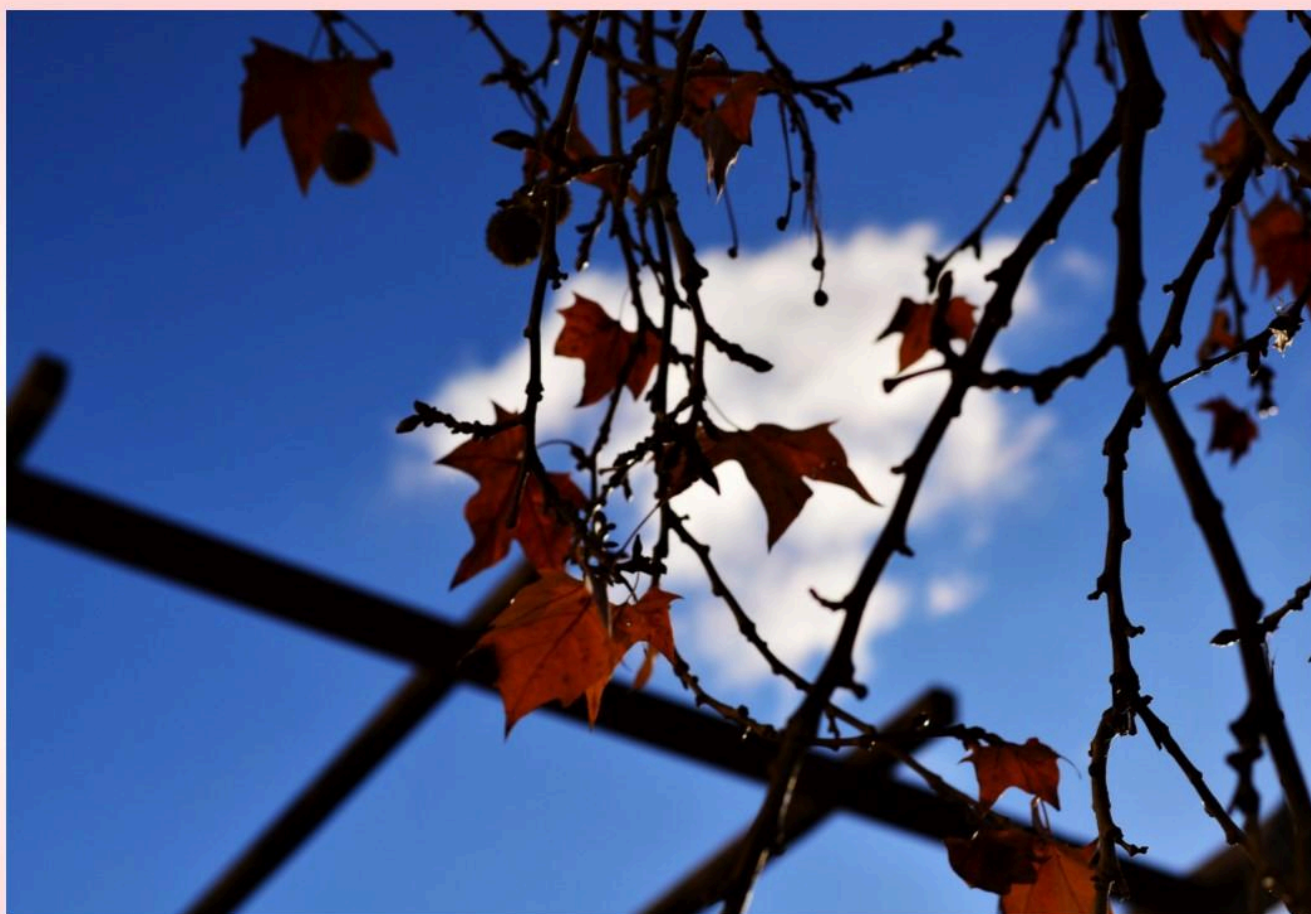


KAIROS. Revista de Temas Sociales
ISSN 1514-9331. URL: <http://www.revistakairos.org>
Proyecto Culturas Juveniles
Publicación de la Universidad Nacional de San Luís
Año 29. N  56. Diciembre de 2025



Libertad, igualdad y malestar: precariedad y climas afectivos juveniles en la democracia contemporánea.

Una lectura desde grupos focales con jóvenes de 18 a 30 años en Córdoba, Argentina

Gerardo Avalor¹.

Recibido: 21/10/2025

Aceptado: 19/11/2025

Resumen

El artículo analiza cómo jóvenes de 18–30 años en Córdoba (Argentina) significan la precariedad y se vinculan con libertad, igualdad y democracia a partir de dos grupos focales realizados a fines de 2024. Sostenemos que las emociones son matrices de orientación política: climas de angustia, cansancio, bronca y desconfianza organizan disposiciones diversas. Identificamos dos traducciones afectivas del malestar. En el Grupo 1, la precariedad se nombra como condición estructural y se colectiviza en marcos de derechos, comunidad, universidad y Estado; allí, las emociones negativas pueden devenir reclamos y prácticas organizativas. En el Grupo 2, el malestar se privatiza y se administra mediante sobreesfuerzo individual; la libertad se reduce a margen de subsistencia y las metas se acotan al corto plazo. En ambos grupos, la democracia es valorada pero tensionada: aparecen temores por discursos de “enemigo interno”, desgaste institucional y desafección con la representación; a la vez, persisten experiencias de participación (asambleas, cooperativas) que funcionan como soportes. Interpretamos la disputa política contemporánea como disputa por sensibilidades: donde existen lenguajes comunes y soportes colectivos, la indignación se transforma en demanda y la esperanza se sostiene; donde faltan, predomina la autogestión del daño y el repliegue. Implicancias: articular políticas de ingresos, vivienda y servicios con dispositivos de salud mental comunitaria; promover infraestructuras de participación juvenil y alfabetización del desacuerdo; y desplegar narrativas públicas que reconozcan el daño, habiliten reconocimiento y ofrezcan rutas de acción compartidas.

Palabras clave: economía popular; juventud; precariedad; afectos políticos; democracia

¹ Investigador de Conicet-IDEJUS, UNC; Docente e Investigador de Universidad Católica de Córdoba, Unidad Asociada al Conicet. Integrante del Colectivo de Investigación El Llano en Llama, Fundación CEPAL. avallegera@gmail.com

Freedom, equality, and discontent: youth precarity and affective climates in contemporary democracy.

Insights from focus groups with 18–30-year-olds in Córdoba, Argentina

Abstract

This article examines how 18–30-year-olds in Córdoba, Argentina, make sense of precarity and relate to liberty, equality, and democracy, drawing on two focus groups conducted in late 2024. We argue that emotions provide orienting matrices for political disposition: climates of anxiety, exhaustion, anger, and distrust structure divergent stances. We identify two affective translations of distress. In Group 1, precarity is framed as structural and collectivized through rights-, community-, university-, and state-oriented languages; negative emotions can be converted into claims and organizational practices. In Group 2, distress is privatized and managed through individual overexertion; freedom narrows to subsistence margins and goals become short-term. Across groups, democracy is valued yet strained: fears about “internal enemy” rhetoric, institutional fatigue, and representational disaffection coexist with participatory experiences (assemblies, cooperatives) that operate as supports. We conceptualize contemporary political contestation as a struggle over sensibilities: where shared languages and collective supports exist, indignation becomes demand and hope is sustained; where they are absent, self-management of harm and withdrawal prevail. Policy implications include coupling income, housing, and basic services policies with community-based mental-health devices; strengthening youth participation infrastructures and disagreement literacy; and developing public narratives that acknowledge damage, enable recognition, and offer shared pathways for action.

Keywords: popular economy; youth; precarity; political affects; democracy

1. Introducción: malestar, afectividad y crisis democrática²

Las democracias contemporáneas atraviesan una crisis profunda que excede los indicadores institucionales o económicos. La erosión de la confianza en los sistemas representativos, el ascenso de fuerzas políticas autoritarias y la radicalización de discursos de

² El presente artículo fue realizado en el marco de mi participación en el proyecto Proyecto: "Malestar en la democracia: modulaciones de la subjetividad política de los sectores populares en Córdoba (2003-2026)" Secyt-UNC, dirigido por María Alejandra Ciuffolini, y en el marco de mi estancia posdoctoral en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Villa María.

las extremas derechas coexisten con una retórica de los derechos humanos, la igualdad y la participación. Esta aparente paradoja sólo puede comprenderse si se incorpora una dimensión frecuentemente relegada: la emocionalidad que estructura la experiencia social y política de los sujetos.

En el presente, el malestar social no se expresa únicamente como protesta racional frente a la desigualdad, sino como condensación de afectos múltiples: miedo, bronca, desilusión, cansancio, resentimiento. Estas emociones no son síntomas individuales ni estados subjetivos aislados: son registros compartidos, formas de orientación, lenguajes que expresan el modo en que los sujetos se relacionan con el mundo. En contextos marcados por la precarización, la incertidumbre y la pérdida de referentes colectivos, las emociones funcionan como brújulas para interpretar el presente e imaginar el futuro.

Este artículo parte de una hipótesis central: las juventudes no son apáticas ni indiferentes, sino que procesan el malestar mediante afectos complejos, contradictorios, que configuran disposiciones políticas diversas. La bronca, el desencanto o la frustración pueden volverse vectores de resignificación democrática o ser capturados por discursos regresivos que ofrecen orden, enemigos identificables y soluciones inmediatas. El campo emocional es, por tanto, un terreno de disputa en el que se juegan sentidos, adhesiones y posibilidades de lo común. Las emociones no son aquí epifenómenos de lo político, sino su materia constitutiva: permiten comprender por qué ciertos discursos capturan adhesiones, por qué la democracia es cuestionada pero no descartada, por qué la libertad se invoca tanto como amenaza y como promesa.

A partir del análisis de dos grupos focales con jóvenes de entre 18 y 30 años realizados en la ciudad de Córdoba a finales de 2024, este trabajo se propone explorar cómo las emociones organizan el modo en que se nombra el malestar, se percibe la desigualdad y se construyen (o erosionan) vínculos con los valores de libertad, democracia, igualdad y justicia. Interesa no sólo lo que los jóvenes piensan, sino cómo lo sienten, cómo lo narran y desde qué matrices afectivas se posicionan frente al mundo.

La decisión metodológica de trabajar con focus groups responde a la necesidad de captar el registro expresivo del malestar: la conversación compartida, los silencios, las contradicciones, etc. En esa escena se producen formas de saber encarnadas que no siempre se articulan como discursos coherentes, pero que permiten mapear disposiciones afectivas y subjetivaciones políticas en tensión.

2. Subjetividades neoliberales, emociones y afectividad política

2.1 El régimen emocional del neoliberalismo: entre la gestión del yo y la desubjetivación

El neoliberalismo no ha transformado únicamente las estructuras económicas y estatales, sino también las formas de ser, sentir y vincularse. Ha producido un régimen afectivo en el que los sujetos son convocados a vivirse como empresas individuales: responsables de su éxito o fracaso, obligados a optimizar su rendimiento, gestionar sus emociones y mantenerse motivados pese a la adversidad. Este mandato emocional no es menor: sostiene el ideal del “sujeto emprendedor de sí”, pero también impone una auto-vigilancia permanente que invisibiliza el daño estructural.

Illouz (2012) ha conceptualizado este proceso como “capitalismo emocional”, mostrando cómo la vida afectiva se convierte en un terreno de inversión, control y evaluación. La autenticidad, la resiliencia y el entusiasmo se tornan valores de mercado, mientras que el dolor, la angustia o la frustración son medicalizados o reducidos a “falta de actitud”. El yo emocional, así, queda interpelado a adaptarse al mundo tal como es, sin reclamar su transformación.

Desde otra perspectiva, Bleichmar (2010) distingue entre traumas estructurantes y desestructurantes de la subjetividad³. En el primer caso, el sufrimiento puede elaborarse psíquicamente y permitir una recomposición subjetiva. En el segundo, se trata de una experiencia que desarticula al sujeto, lo fragmenta y le impide simbolizar el daño. Esta categoría resulta útil para pensar lo que ocurre con jóvenes atravesados por años de precariedad, promesas incumplidas y desamparo institucional. Como señala la autora “lo fundamental es que la vida humana no es pura inmediatez ni permanencia cotidiana, es posibilidad de proyectar un futuro. Esta es la diferencia, en mi opinión, entre “tiempo por delante” y “futuro”. Y el problema es que existen hoy generaciones enteras que tienen “tiempo” pero no “futuro”” (Bleichmar, 2005, 4).

Le Breton (2025) complementa esta lectura con su diagnóstico sobre el cansancio, el vacío y la pérdida de sentido que afectan al sujeto contemporáneo. En lugar de alegría o plenitud, lo que predomina es una emocionalidad fatigada, un malestar que se encarna en cuerpos saturados por la exigencia, la velocidad y la desconexión. En este marco, las emociones dominantes ya no son la esperanza ni la confianza, sino la angustia, la ansiedad y

³ Bleichmar (2010) sostiene que, en contextos atravesados por la desigualdad, la exclusión y la exigencia de sobrevivir de manera constante, no se produce subjetivación -es decir, la inscripción del sujeto en un orden simbólico compartido-, sino su reverso: un vaciamiento que debilita al sujeto como actor capaz de desear, proyectar y simbolizar. En lugar de un yo orientado por el deseo, emerge un sujeto atrapado en la inmediatez, reducido a desempeñar funciones meramente adaptativas. Ante la falta de reconocimiento social y de condiciones mínimas de dignidad, se instala lo que la autora describe como una lógica de “acción sin inscripción”: las personas actúan, trabajan y sobreviven, pero sin poder narrarse a sí mismas ni construir un horizonte. Esta forma de existencia, desvinculada de un proyecto subjetivo sostenido, constituye lo que Bleichmar denomina un proceso de desestructuración o desubjetivación.

el resentimiento. El resentimiento, alimentado por experiencias de exclusión, dolor o vergüenza, puede canalizarse hacia un revanchismo que busca castigo, no reparación. Tal como señala García Villegas (2025), “la emoción que está moviendo al mundo [...] es el resentimiento”, una emoción colectiva que, de no ser advertida como síntoma, se convierte en una fuerza reactiva que clausura el vínculo con el otro.

Le Breton (2012) ha desarrollado, desde una perspectiva antropológica, una mirada crítica sobre este proceso. Para el autor, el sujeto contemporáneo se encuentra atrapado en un régimen de hiperaceleración, saturación informativa y pérdida de sentido. (Infocracacia Han) La emoción dominante no es la alegría, sino el cansancio. La angustia, el vacío y el hartazgo se convierten en emociones estructurantes de la experiencia contemporánea, especialmente entre los jóvenes (Reguillo, 2017). Este “malestar de época” no es, por tanto, una anomalía individual, sino una forma legítima de habitar un mundo que exige mucho y devuelve poco.

Lejos de ser interferencias irracionales o aspectos accesorios de la vida social, esas emociones son formas culturalmente codificadas de interpretar el mundo. Como sostiene Ahmed (2015), las emociones “orientan” a los sujetos: delimitan lo que se siente como próximo o lejano, como propio o ajeno, como deseable o amenazante. Esta orientación no es neutra, sino profundamente política: establece fronteras afectivas que configuran comunidades imaginadas y antagonismos concretos.

Butler (2004) ha subrayado que las emociones no surgen de un yo interior, sino que se producen en la relación con los otros. Así, el miedo, la rabia o el amor son efectos del vínculo social, mediaciones que organizan la experiencia y permiten (o impiden) el reconocimiento mutuo. Desde esta perspectiva, el afecto no es un suplemento de la política, sino su condición de posibilidad. Butler ha señalado cómo el miedo puede funcionar como un dispositivo de obediencia anticipada. En un mundo percibido como caótico, la promesa de orden -aun autoritario- se vuelve atractiva. Las nuevas derechas han sabido capitalizar ese afecto. Su interpelación no se dirige a la razón, sino al cuerpo afectado, a la subjetividad herida que busca sentido.

En el mismo sentido, el trabajo de Piqueras, et al., (2009) permite pensar las emociones como “juicios encarnados”: sentir no es simplemente experimentar una reacción física, sino evaluar una situación como justa, amenazante, intolerable o prometedora. El miedo, en este caso, no es sólo una sensación fisiológica, sino una lectura del mundo como hostil. El resentimiento, una valoración moral sobre un daño que no ha sido reparado. La esperanza, una apertura a un porvenir deseable.

Estas emociones, cuando se comparten, se convierten en fuerzas colectivas: movilizan, consolidan identidades políticas, definen enemigos y aliados. El resentimiento hacia las élites, la nostalgia por un orden perdido o el orgullo por una identidad nacional son afectos que

estructuran campos de sentido. En escenarios de polarización y crisis de legitimidad, estas emociones actúan como vectores potentes de adhesión ideológica.

Sin embargo, en este tiempo marcado por el inmediatismo y la desafección institucional -donde “el Estado, los procedimientos y la misma democracia se presentan como instituciones de la lentitud”, como afirma Innerarity (2025)- las respuestas rápidas y autoritarias ganan terreno. El avance global de las derechas radicales no puede comprenderse sin atender al modo en que interpelan emocionalmente a sus audiencias. Como advierten autores como Borisonik (2025) y Semán (2023), estas fuerzas han logrado captar el malestar difuso que recorre a amplias capas sociales y traducirlo en un relato político que combina victimización, antagonismo moral y promesa de orden. Frente a la complejidad de las propuestas democráticas, ofrecen certezas. Frente a la demora institucional, ofrecen inmediatez. Frente a la diversidad, ofrecen homogeneidad emocional.

Martínez y Soto (2023) han mostrado cómo, en América Latina, estas derechas construyen una épica de la restauración que resulta especialmente atractiva para sectores juveniles: apelan a la rebeldía, pero para reafirmar el orden; convocan al orgullo, pero contra las minorías; movilizan la urgencia, pero para clausurar el conflicto. Esta operación afecta no sólo el contenido ideológico de los discursos, sino su forma afectiva: instala una emocionalidad reactiva, que naturaliza el odio, estetiza la violencia y banaliza la exclusión.

Sin embargo, como recuerda Mouffe (2018), el campo de las pasiones políticas no está cerrado. Las emociones pueden ser reapropiadas, resignificadas, puestas al servicio de proyectos emancipatorios. La disputa por el afecto es también una disputa por el futuro. Byung-Chul Han (2024) lo sintetiza con claridad: el miedo y el resentimiento embrutece, la angustia cierra la mirada, atiza el odio y empuja hacia las derechas. Pero también plantea una posible salida: la esperanza. No como optimismo vacío ni como consigna, sino como negatividad activa, como tensión compartida hacia un futuro aún posible. “El sujeto de la esperanza es un nosotros”, afirma Han. En un mundo donde la cultura de la positividad niega el sufrimiento y aísla a los sujetos, la esperanza puede reconectar, reparar y vincular.

Desde América Latina, autoras como María Pía López (2019), Verónica Gago (2014) y Rossana Reguillo (2017) han destacado que las emociones no son sólo respuestas personales sino también formas de habitar el mundo, moldeadas por estructuras sociales, regímenes de poder y tramas de cuidado. Lejos de una lectura individualista, el afecto aparece como forma

de subjetivación situada⁴, atravesada por desigualdades y también como posibilidad de organización y reapropiación política del malestar.

Así, las emociones no sólo orientan la experiencia individual, sino que, en contextos sociales específicos, se convierten en fuerzas colectivas que configuran comunidades políticas en disputa. En el caso argentino contemporáneo, esta dimensión afectiva adquiere una notable intensidad. Estudios recientes evidencian cómo la emocionalización del discurso político, especialmente en expresiones de la nueva derecha, genera un “excedente de afectos imaginarios”, parafraseando a Illouz (2023) que actúa como motor de polarización y antagonismo social. Este fenómeno obliga a repensar el papel de las emociones no solo como reflejo de estados subjetivos, sino como elementos activos en la constitución de vínculos políticos excluyentes.

2.2. Juventudes en tensión: trayectorias afectivas, ambivalencias políticas

El campo de lo juvenil no puede ser abordado únicamente como una categoría etaria ni como una etapa homogénea del ciclo vital. Las juventudes -en plural- deben ser pensadas como una construcción social situada, atravesada por condiciones estructurales, trayectorias familiares, geografías desiguales y regímenes afectivos diferenciados. Como plantea Carles Feixa (2008), se trata de una categoría tensionada entre el control y la emancipación, entre la disciplinarización institucional y la experimentación cultural, entre la exclusión estructural y la potencia creativa.

En el presente esta tensión adquiere un espesor emocional particular: la juventud aparece como el punto de condensación de múltiples malestares sociales, pero también como objeto privilegiado de interpelación ideológica. Se la representa a menudo como apática, individualista o despolitizada, pero simultáneamente como fuerza de cambio, como blanco de las estrategias de adoctrinamiento, como amenaza o como promesa. Estas imágenes no son neutras: condensan afectos colectivos que funcionan como mecanismos de identificación y rechazo.

El neoliberalismo ha incidido de manera significativa en la configuración de la subjetividad juvenil. No solo por la precarización laboral, la disolución de horizontes de movilidad o el debilitamiento del lazo educativo, sino también por la imposición de un ideal de autonomía individual que colisiona con la experiencia real del desamparo. A los jóvenes se les

⁴ Según Bleichmar (2003), la producción de subjetividad no puede pensarse en abstracto, sino que remite al proceso histórico y político mediante el cual las sociedades configuran a los sujetos. Este proceso involucra tanto la dimensión ideológica -en la que se produce y reproduce un modo de concebir al individuo- como la articulación con las condiciones sociales que lo sitúan en un tiempo y espacio determinados. En este marco, cada sociedad establece criterios específicos para posibilitar la construcción de sujetos que puedan integrarse a su cultura de pertenencia.

exige responsabilidad, rendimiento y resiliencia, pero se les niegan condiciones materiales mínimas de estabilidad y reconocimiento.

En América Latina y el Caribe hay más de 20 millones de jóvenes que no estudian ni trabajan (“ninis”), lo que representa alrededor del 20 % de la población juvenil. Este fenómeno limita la movilidad social y refleja tanto problemas de inserción laboral como de acceso y permanencia en el sistema educativo (Banco Mundial, 2016). Para 2030, se estima que 7 de cada 10 jóvenes latinoamericanos estarán empleados en el sector servicios, lo que marcará un cambio estructural en el perfil del empleo juvenil, aunque no necesariamente una mejora en la calidad del trabajo (El País, 2024).

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha señalado que los jóvenes en la región presentan tasas de informalidad y desempleo significativamente superiores a las de los adultos, lo que genera trayectorias marcadas por la inestabilidad y la falta de protección social (OIT, 2024). La Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha señalado que los jóvenes en la región presentan tasas de informalidad y desempleo significativamente superiores a las de los adultos, lo que genera trayectorias marcadas por la inestabilidad y la falta de protección social (OIT, 2024). Entre jóvenes asalariados, la informalidad trepa al 63 %, mostrando que incluso dentro del mercado formal las condiciones son más frágiles que en la población adulta (CIPPEC, 2024). La tasa de desempleo en jóvenes de 18 a 24 años alcanzó el 17,2 %, más de tres veces la tasa de los adultos (4,8 %). Este diferencial estructural coloca a los jóvenes como el grupo más vulnerable al ciclo económico (Infobae, 2025).

Estos datos muestran que la juventud no puede ser entendida como una categoría homogénea ni sólo etaria. En América Latina, el peso de los “ninis” y la transición al sector servicios reflejan desigualdades estructurales que marcan la experiencia juvenil. En Argentina, la combinación de altísima informalidad y desempleo juvenil confirma que la precarización atraviesa incluso a quienes acceden al empleo asalariado o a la educación superior.

Desde el punto de vista subjetivo, estas condiciones producen lo que Bleichmar (2005) denomina “desubjetivación”: jóvenes forzados a sostenerse en la inmediatez, sin poder proyectar horizontes estables. La estadística, entonces, se conecta con lo que revelan los focus groups: angustia, frustración y cansancio como climas afectivos estructurantes de la experiencia juvenil. Como ha advertido esta autora, el resentimiento puede convertirse en una emoción estructurante del lazo social, especialmente cuando las promesas históricas de inclusión y bienestar son incumplidas de forma sistemática. En contextos juveniles, esto se traduce en formas relacionales brutales, repliegue individualista, cinismo o adhesión reactiva a discursos de exclusión. El otro -el diferente, el más pobre, el más visible- se convierte en blanco de un odio que es, en realidad, una traducción del daño social no nombrado.

Este proceso no puede comprenderse sin tener en cuenta el trasfondo afectivo que estructura las experiencias sociales. Bleichmar (2005) advierte que las formas de violencia relacional en contextos juveniles no son simples derivaciones de la pobreza material, sino expresión de resentimientos acumulados. En sus palabras: “Formas brutales de relación entre los chicos [...] no están solo guiadas por la miseria material [...] sino por el resentimiento y el odio que han generado las frustraciones y promesas incumplidas” (s/p). Este señalamiento articula una cadena emocional que va del trauma histórico a la violencia cotidiana, reforzando la necesidad de entender la subjetivación juvenil en clave política y afectiva.

Este contexto produce una subjetividad juvenil ambivalente. No se trata de definir a las juventudes como progresistas o conservadoras, como politizadas o apáticas, sino de entender los climas afectivos en los que se mueven, las condiciones sociales que los producen y los discursos que logran capturar -o no- sus malestares. Como señala Kessler (2015), el desencanto con la política no implica necesariamente despolitización, sino formas ambiguas de implicación que deben ser leídas con atención.

En el plano regional, distintos estudios muestran que la juventud latinoamericana atraviesa un escenario de tensiones políticas y emocionales. Un informe reciente de la Fundación Friedrich Ebert (FES, 2025) con base en más de 22.000 encuestas en 14 países confirma que los jóvenes valoran la democracia como régimen, pero expresan altos niveles de desafección con las instituciones representativas. El documento señala que, si bien persiste la participación en movimientos sociales -feministas, indígenas, ambientales-, también emergen sectores juveniles con orientaciones neoautoritaristas, fenómeno que se observa en apoyos a liderazgos de derecha radical en países como Argentina o Brasil (FES, 2025; Colombia Internacional, 2023).

En Argentina, las encuestas más recientes confirman esta ambivalencia. Un relevamiento nacional titulado *Juventudes y redes sociales* indica que el 48 % de los jóvenes de entre 18 y 35 años votarían hoy a La Libertad Avanza, con una diferencia notable por género: el 61 % de los varones jóvenes expresaron intención de voto por Milei frente a un 40 % de las mujeres (Iprofesional, 2025). A su vez, un sondeo difundido por Perfil mostró que el 59 % de los jóvenes aprueba la gestión presidencial, aunque esa cifra desciende significativamente entre las mujeres (Perfil, 2025). Estos datos sugieren que las juventudes constituyen una base clave para la legitimidad social del oficialismo, pero también reflejan fisuras internas vinculadas a género y desigualdad.

La desafección con los partidos políticos aparece como otro rasgo estructural. Un informe de UNICEF mostró que más del 52 % de los jóvenes argentinos de entre 12 y 24 años no se siente representado por ninguna fuerza partidaria, y alrededor del 60 % considera necesario crear escaños reservados para esta población en el Congreso. Esta demanda por

representación directa evidencia que, junto a la apatía, coexiste una aspiración fuerte a participar en la definición de políticas públicas y a contar con canales propios de incidencia institucional (UNICEF, 2021).

En conjunto, estas cifras permiten caracterizar un campo juvenil en disputa: mientras amplios sectores muestran apoyo a liderazgos de derecha radical, también se mantiene viva la aspiración a renovar la democracia con mayor igualdad, participación y reconocimiento. La política, lejos de estar ausente en las juventudes, se procesa en registros afectivos y prácticos diversos, donde conviven la desafección institucional, el entusiasmo por opciones de cambio rápido y la búsqueda de nuevas formas de representación.

Este trabajo parte, entonces, de una doble apuesta: primero, considerar que las emociones no son residuales, sino constitutivas de las formas actuales de subjetivación política juvenil; segundo, sostener que el campo afectivo no está clausurado por las derechas, sino que permanece en disputa. Allí donde se instala la bronca, puede también surgir la búsqueda de justicia; donde hay repliegue, puede emerger la necesidad de lo común; donde hay desafección, puede abrirse una pregunta por lo compartido. Leer esas tensiones es clave para pensar la política en el presente.

Desde esta perspectiva, los discursos juveniles relevados en los grupos focales deben ser leídos como expresiones situadas de ese entramado afectivo-ideológico. Más que meras opiniones, constituyen configuraciones afectivas que condensan experiencias sociales, trayectorias familiares, consumos culturales y modos de leer el presente. La rabia contra la política, la nostalgia por un pasado no vivido, la estetización de la libertad (como libertad de consumo, identidad individual, desvinculación de lo común), el desprecio por los derechos ajenos o el anhelo de un “orden perdido” no son posiciones aisladas, sino síntomas de una época en la que el neoliberalismo ha dejado huellas profundas en la sensibilidad social.

3. Los relatos de los jóvenes: precariedad y campo emocional

Los apartados que siguen exploran esa pluralidad de voces y disposiciones afectivas, atendiendo no sólo a lo dicho, sino también a los climas emocionales, los gestos de distancia o implicación, los silencios, las ironías, los malestares difusos. A partir del material empírico producido en los focus group, identificamos los núcleos afectivos que organizan las representaciones sobre la política, el Estado, las derechas, y la democracia, así como las formas de vinculación -o desvinculación- con proyectos colectivos.

El análisis busca entender cómo sienten, nombran y experimentan la política los jóvenes hoy: qué temen, qué desean, qué odian, qué les importa. Y, sobre todo, en qué condiciones esas emociones se transforman en fuerza política, y en qué condiciones quedan

atrapadas en la impotencia, el cinismo o la adhesión regresiva⁵. Comprender esas configuraciones no implica buscar coherencias ideológicas, sino mapear sentidos en disputa, afectos encarnados y climas de época.

La lectura del focus group revela un conjunto de emociones recurrentes que atraviesan sus relatos: **agobio, incertidumbre, frustración, desconfianza, deseo de estabilidad**, pero también, aunque en menor medida, **esperanza y valoración del esfuerzo personal**. Los relatos recogidos no se organizan en torno a identidades políticas claras o alineamientos doctrinarios/ideológicos, sino en torno a climas afectivos complejos, marcados por la precariedad, la fragmentación y el desencanto. A la vez, estos discursos también expresan expectativas, demandas y formas de vinculación que resisten ser reducidas al cinismo o la apatía.

En los sub-apartados siguientes se analizan tres núcleos emergentes: la afectividad en torno a la precariedad, la afectividad y los estados emocionales, y las disputas por los valores y las adhesiones ambivalentes a la política y la democracia.

3.1. Precariedad económica: un territorio compartido narrado de forma distinta

La precariedad económica atraviesa por igual a los jóvenes de ambos grupos, pero sus relatos evidencian formas muy distintas de nombrarla y habitarla. Aunque comparten inestabilidad laboral, alquileres impagables, dificultades para estudiar y trabajar, y una gran incertidumbre sobre la vivienda, el modo de significar ese malestar -y de encarnarlo en el cuerpo- difieren entre sí.

Entre los jóvenes del primer grupo (G1) la precariedad no se interpreta como un problema individual, sino como una condición injusta que demanda una respuesta colectiva. Este registro revela una conciencia estructural: la precariedad no es fruto de la mala suerte, sino de un modelo social que precariza la vida. La meta, entonces, no es solo “llegar a fin de mes”, sino asegurar un mínimo de derechos.

Entre los jóvenes del segundo grupo (G2), la precariedad se procesa de manera más solitaria y se traduce en sobreesfuerzo personal. En esta lectura, el relato se organiza en torno a un término anímico, “bajón”, que no se convierte en una denuncia, sino en un mandato de autoexigencia y resistencia individual. Las causas estructurales se diluyen en la narrativa de que “cada uno se la tiene que arreglar”.

Quienes están en el G1 no renuncian a proyectar futuro, aunque sea desde un horizonte modesto. La precariedad los obliga a replantear sus sueños, pero no los anula. Esta

⁵ Decir que las emociones quedan atrapadas en el cinismo significa que, en el contexto neoliberal, los afectos se deforman de tal modo que, en lugar de impulsar resistencias colectivas, o promover la acción política, se convierten en frustración privada, sarcasmo o apatía, lo cual debilita los vínculos democráticos.

proyección mínima sigue anclada en un lenguaje de derechos y comunidad: la estabilidad es un bien a defender colectivamente.

En los discursos del G2, la precariedad parece haber corroído la capacidad de imaginar un porvenir. La crisis universitaria, la necesidad de hacer más horas para pagar el alquiler y la imposibilidad de estudiar se superponen, llevando al desborde. Aquí, la precariedad se vive como una fatalidad que clausura los sueños; la acción política aparece distante o inexistente.

El cuerpo es el territorio donde se inscriben los efectos de la precariedad. Entre los jóvenes del G1, el agobio se nombra sin pudor y se colectiviza. Aquí, la imagen del “tubito” sintetiza un deseo de refugio ante el desgaste, pero la verbalización en grupo permite que ese cuerpo agotado se vuelva signo de época y objeto de crítica. El cansancio no se queda en la intimidad: circula, se comparte, se politiza. En contraste, los jóvenes del G2 también aluden al cuerpo fatigado, pero sin resonancia colectiva. Aquí se hace presente un mandato de “ponerle ganas” que individualiza la gestión del cuerpo y silencia el dolor. La precariedad se encarna en un cuerpo que se obliga a sostenerlo todo sin red ni soporte comunitario.

La diferencia entre ambos grupos no radica en la precariedad que comparten, sino en las narrativas con que la interpretan: mientras los jóvenes del G1 se apoyan en lenguajes colectivos -marcos políticos, territoriales y afectivos que les permiten nombrar el malestar y transformarlo en crítica, articulación y reclamo, donde la precariedad puede ser motor y no en límite-, en el G2 predominan registros individualizantes que exaltan la autosuperación y el esfuerzo personal, junto con una fuerte desconfianza hacia las instituciones, de modo que el malestar no deriva en politicidad sino en agotamiento y repliegue, y el cuerpo se vuelve frontera de la supervivencia más que soporte de la acción colectiva.

En el G1, los malestares se enmarcan en clave estructural y de derechos. El trabajo, la universidad y el Estado aparecen como marcos de referencia para interpretar la precariedad y como espacios de disputa política. Así, P1 vincula su estado de ánimo con la situación de la universidad y del CONICET, señalando cómo la falta de financiamiento afecta no solo a la institución sino también a su propia proyección vital. En la misma línea, P6 liga su frustración a la imposibilidad de insertarse en políticas públicas vinculadas a su vocación profesional, mostrando cómo la ausencia de programas estatales bloquea trayectorias. P2, por su parte, defiende la función protectora del Estado al plantear que, sin esa mediación, los jóvenes quedan desamparados frente a la precarización. Finalmente, P4 inscribe la discusión en el terreno de la salud y la educación, cuestionando qué áreas deben o no ser objeto de recorte. Estos testimonios revelan un registro colectivo del malestar, en el que la precariedad se interpreta como un problema estructural y no como un destino individual.

En contraste, en el G2 el malestar se narra principalmente desde la experiencia inmediata y personal. La boleta de servicios, el aumento del alquiler, la imposibilidad de ahorrar

o la compra de una computadora aparecen como hitos que condensan la precariedad en la vida cotidiana. P3 afirma que pagar los servicios básicos se ha convertido en un privilegio, mostrando cómo incluso un acto rutinario se vuelve una carga excepcional. P4 describe la experiencia de alquilar sin la protección de la ley como “una selva”, subrayando la inseguridad que atraviesa el acceso a la vivienda. P2 confiesa que ya no puede proyectar objetivos vitales clásicos, como la casa propia, porque ni siquiera logra ahorrar una porción de su sueldo. Finalmente, P1 expone cómo la suba constante de precios le impide concretar un deseo básico: comprar una computadora. En este grupo, entonces, la precariedad se experimenta como un problema individual y privado, más ligado a la administración personal de los recursos que a una interpretación política o estructural.

En el G1 predomina un sujeto de enunciación que se expresa en clave colectiva. Con frecuencia aparece un “nosotros” que se reconoce en entidades compartidas como el Estado, la universidad, la justicia o las organizaciones sociales, y que se sostiene en valores orientados a lo común: igualdad, respeto, solidaridad. Así, P6 define la igualdad como la posibilidad de tener “un mismo piso, más bien equidad, para llegar”, subrayando que la justicia social no se mide solo en lo individual, sino en la construcción de condiciones compartidas. P4 sostiene que “la educación es la institución primordial”, situándola como un bien común indispensable para garantizar derechos. Del mismo modo, P2 afirma que “el Estado debería defendernos”, otorgando a esta institución la función de resguardar a la sociedad frente a la vulnerabilidad. En este grupo, el malestar se enuncia desde un sujeto plural, anclado en marcos colectivos que permiten politizar la experiencia y darle un sentido estructural.

En cambio, en el G2 prevalece un sujeto de enunciación en primera persona, centrado en la administración individual de la precariedad y en la necesidad de ajustar expectativas. El “yo” domina los relatos: “me vino la boleta”, “alquilé sola”, “no puedo ahorrar”, “me cuesta imaginar”. Incluso cuando emergen referencias a lo común -como en el caso de la médica residente que observa la frustración en sus pacientes, o la trabajadora social que describe la pobreza de las familias y el apoyo que deben dar a sus padres- la narración se organiza desde la carga personal del hablante. No se trata de un gesto de egoísmo, sino de una privatización forzada del problema, producto de la falta de marcos colectivos estables que permitan interpretar y compartir la precariedad. Así, el peso de lo social se filtra, pero lo hace como responsabilidad individual más que como horizonte político compartido.

3.1.1 de precariedades, ausencias y desbordes

En el grupo focal con jóvenes del G1, la precariedad económica aparece como una dimensión que estructura no sólo las condiciones de vida, sino también los modos de sentir, proyectar e interpretar la realidad. No se trata simplemente de una falta de ingresos, sino de

una atmósfera de fragilidad vital que atraviesa múltiples planos: el acceso a la vivienda, la estabilidad laboral, el desarrollo profesional y el sostén emocional.

Un participante relata con claridad la incertidumbre habitacional que atraviesa su vida cotidiana, incluso cuando su situación laboral es relativamente estable:

“Existe como esta dicotomía en la que personalmente tengo como una buena situación laboral ahora, particularmente, pero coincide con un problema de vivienda, que la persona con la que convivo se tiene que ir en unos meses y caigo en la misma incertidumbre que varios de los chicos que hablaron.” - P2.

Este testimonio muestra que la precariedad no es simplemente ausencia de empleo, sino una vivencia más densa, en la que la estabilidad es siempre frágil, temporal, sujeta a cambios externos. Aun quienes tienen empleo estable enfrentan una vulnerabilidad estructural respecto de la vivienda y la continuidad de sus proyectos de vida.

En otro pasaje, el mismo participante vincula esa sensación con una forma de presente extendido, que impide imaginar objetivos o deseos a futuro:

*“Te diría que con alcanzar cierta estabilidad y **sentir que esa estabilidad puede llegar a prolongarse en el tiempo**, sentiría como relajación con respecto al sentir de todos los días, que eso me parece **un buen sueño**, si se quiere.” - P2.*

Aquí la precariedad aparece como un límite al deseo: no es que no se tengan aspiraciones, sino que no hay suelo emocional ni material sobre el cual proyectarlas. El “sueño” se reduce a alcanzar un mínimo de estabilidad cotidiana. El deseo se constriñe y se redefine en términos de sobrevivencia; incluso imaginar objetivos deviene un ejercicio imposible. El deseo está subordinado a la urgencia y la estabilidad aparece como un lujo emocional.

La experiencia del alquiler se convierte en una fuente concreta de tensión. Una participante, madre y trabajadora, resume su situación:

*“Estoy un poco **bajoneada** porque me aumentaron el alquiler, así que estoy haciendo horas extras, estoy trabajando casi doce horas. [...] Está todo caro, así que... Pero bueno, hay que meterle las ganas.” - P7.*

Aquí la precariedad se traduce en cansancio físico, pero también en una forma de resignación forzada. La frase “hay que meterle las ganas” condensa una respuesta emocional que busca sostenerse a pesar de la sobreexigencia. El cuerpo aparece como el último recurso disponible para resistir las condiciones materiales adversas. Predomina una vivencia más solitaria, privatizada de la precariedad. La falta de horizontes se interpreta como frustración personal, incluso cuando se reconocen causas sociales. El “bajón” no se convierte en denuncia, sino en sobreesfuerzo individual; la respuesta emocional es de resignación, esfuerzo solitario y administración del daño.

El vínculo entre trabajo y desgaste también se vuelve evidente en varias intervenciones, más horas, más intensidad, mismos ingresos. Una participante lo expresa desde una emoción que bordea el encierro, el retraimiento y la búsqueda de un refugio mínimo:

“Últimamente nos exigen más tiempo, sin ningún aumento significativo. Entonces eso es como un poco la sensación de agobiada, de ‘no quiero saber más nada, me quiero meter en un tubito y estar oculta’.” - P6.

El cuerpo se edifica aquí como frontera: la subjetividad se retrae, se encierra, se protege. El lenguaje afectivo da cuenta de una emocionalidad desbordada y saturada, resultado de las exigencias laborales en contextos sin garantías ni derechos básicos. La frase “me quiero meter en un tubito” condensa esa voluntad de fuga, no tanto como evasión, sino como estrategia de autopreservación.

Otro testimonio refuerza la vinculación entre las dificultades económicas y la doble carga que implica estudiar y trabajar:

*“Todos estos meses lo fueron, lo cual tampoco lo económico colabora porque trabajar y estudiar es complicado y tenemos que hacer más horas porque nos aumenta el alquiler y la incertidumbre de la Universidad como que **terminó de rebalsar** en algún sentido.” - P5.*

Aquí el malestar no es meramente económico ni educativo: es el producto de la imposibilidad de compatibilizar tiempos, de sostener simultáneamente las exigencias del trabajo, el estudio y la vida. La incertidumbre, como se repite en varios pasajes, no es sólo futura, sino presente. No se trata de un “no saber qué va a pasar”, sino de un saber con certeza que no se puede sostener así por mucho más tiempo. Este fragmento exhibe cómo se acumulan las formas de precariedad: educativa, laboral, habitacional. La frase “terminó de rebalsar” indica que el malestar ya estaba presente y que la situación universitaria fue el detonante de un desborde emocional y material.

Finalmente, un testimonio refuerza la dificultad de sostener una identidad profesional ante un contexto que no ofrece salidas laborales:

“Lo que a mí me gusta de la abogacía son [...] políticas públicas del Gobierno Nacional, como los Centros de Acceso a la Justicia, y la verdad que ahora que no puedo proyectarme o pensar en eso, eso me genera bastante frustración.” - P6.

La frustración no es meramente económica: es también vocacional. La subjetividad queda trabada entre la formación y la falta de horizonte profesional, lo que alimenta un sentimiento de desajuste entre deseo y contexto, esto es, el vaciamiento de políticas públicas destinadas a los sectores más desfavorecidos.

En el grupo focal con jóvenes del G2, la precariedad económica se presenta como una experiencia íntima y persistente que condiciona la vida cotidiana. Los participantes no sólo se

quejan de ingresos bajos, sino que describen una atmósfera de fragilidad que afecta al alquiler, los servicios básicos, los proyectos de futuro y la estabilidad emocional. La incertidumbre se convierte en el clima dominante: se trabaja más horas para no perder la vivienda, se recorta cualquier sueño de largo plazo y se siente que incluso pagar la factura del gas es un privilegio.

Una participante que estudia teatro y trabaja en una pyme familiar señala que la nueva ley de alquileres ha hecho la vivienda cada vez más incierta y cara:

*“hay una nueva ley de alquileres, así que está bastante más complejo todo... **económicamente está más complejo**. Los alquileres son por contratos más cortos, por aumentos más a todo tiempo” - P2.*

Para ella, aun teniendo un trabajo estable, el riesgo de perder la casa es real porque los contratos se renuevan con plazos cortos y subas constantes. La idea de hogar se vuelve precaria, sujeta a decisiones externas y no a la propia capacidad laboral.

Otra joven, trabajadora social con dos empleos en situación de monotributo, reconoce que cubrir necesidades básicas se ha vuelto un signo de privilegio. Sus palabras son elocuentes:

*“me considero que estoy en una **situación de privilegio** hoy por tener al menos una **situación laboral medianamente estable** y poder... sobrellevar las necesidades básicas de reproducción cotidiana... A mí me vino una boleta de 50.000 pesos de gas. Siento que hoy en este contexto estamos hablando de que pagar los servicios pas  a ser un privilegio... hoy hablamos de que hay familias que no están pudiendo complementar las cuatro comidas diarias” - P3.*

Además, explica que hay adultos mayores que no pueden solventar sus gastos y que los hijos deben asistirlos económicamente, mostrando que la precariedad se extiende a la generación anterior y obliga a reconfigurar los vínculos familiares como redes de apoyo.

El malestar no es sólo material, también atraviesa lo emocional. Una médica en residencia confiesa que la angustia se ha vuelto su estado habitual:

*“asumo como que todo es medio fluctuante... pero hay mucha **angustia por la situación actual**, por la economía, por el trabajo. Eso suele ser al menos mi cotidianidad... En este momento sólo **incertidumbre y preocupación**” - P4.*

La precariedad económica se traduce en ansiedad y preocupación constante; el futuro se percibe como un abismo y el presente como un esfuerzo permanente. La misma participante describe su experiencia de alquilar sola sin la protección de la ley de alquileres como “una selva” y enfatiza el impacto de los ajustes en salud:

“es la primera vez en mi vida que este año alquil  por mí misma; fue sin la ley de alquileres, por realmente una selva, el aumento de los servicios... tengo una abuela que es jubilada... el recorte que ha habido en el PAMI, por ejemplo, a la cobertura de

medicamentos ha sido muy importante... y se ve en los pacientes la frustración, la bronca, la impotencia” - P4.

Aquí la precariedad muestra su alcance en el ámbito sanitario: médicos y pacientes comparten la sensación de abandono frente al recorte de medicinas. La renta se siente como una lucha sin reglas, y la salud pública se percibe desmantelada, profundizando el agotamiento emocional.

La imposibilidad de proyectar un futuro estable es otro rasgo central. La joven que trabaja en la pyme familiar admite:

“mis objetivos son arquetípicos, como tener una casa propia, obviamente, pero me cuesta imaginarlo siquiera... hasta el año pasado yo ahorraba una porción de lo que iba ganando con el sueldo y ahora no puedo, por ejemplo” - P2.

Otra participante agrega que ni ella ni sus amigas se imaginan comprando una vivienda:

“Siempre son como proyectos como más esto: me quiero comprar una tele, quiero hacer un viaje, quiero un sillón. No me parece que es algo de nuestra generación tan común proyectar ‘quiero esta casa’ porque no es tan posible” - P4.

El sueño de la vivienda propia, al igual que en el G1, se vuelve inalcanzable; lo que antes era un objetivo vital ahora se reduce a consumos inmediatos y modestos. La precariedad no sólo se vive a nivel individual; quienes trabajan en comunidades vulnerables describen la expansión de la pobreza:

“Y se ve, y cada vez se ve más lo complicado que se va poniendo la cosa, tanto en ni eces, en familias que va costando cubrir esa necesidad básica, como es el alimento, como es la vestimenta, el que uno dice, desde una posición, desde su posición, a veces uno es complicado verlo,  no? Y a nosotros, que nos ha tocado conocer familias y conocer niños que pasan por situaciones extremas, de pobreza” - P6.

Este testimonio revela que el deterioro no es sólo personal: en los barrios más pobres, la falta de comida y ropa -cuestiones básicas- refleja un colapso del tejido social que impacta especialmente a los niños. La falta de ingresos suficientes, la inflación y los salarios estancados generan un clima de tensión social. La desesperación por los recursos se traduce en una visión sombr a: el conflicto parece inevitable si no se corrige la desigualdad entre precios y salarios.

Un joven que trabaja como costurero por encargos explica:

“Yo tengo cuatro hermanos. Casi siempre, por lo que más se discute últimamente de la otra vez que estábamos discutidos, era porque a veces no alcanza con la plata últimamente [...] porque uno no le va a alcanzar para comer ni para sustentar a ellos ni a los seres que est n en su casa. Pero si no tienen para sustentarse, de una y otra manera van a tener que buscar de otro lado” - P5.

Finalmente, un estudiante de secundario manifiesta la distancia entre sus deseos y la realidad. El acceso a herramientas básicas para estudiar y trabajar se posterga indefinidamente debido a la inflación, obstaculizando su formación y su futuro laboral.

“es un objetivo más personal obviamente, lo cual es comprarme una herramienta tecnológica, que sería una computadora entonces, estoy en eso, pero como suben bastantes cosas, la tecnología se hace imposible comprar después” - P1.

Los resultados muestran que, aunque la precariedad económica es un territorio común para ambos grupos, su vivencia y significación varían. En el **G1**, el malestar se nombra colectivamente y se articula con un lenguaje político que permite reconocer causas estructurales y proyectar demandas. En el **G2**, en cambio, la precariedad se procesa de manera más individualizada, en clave de autoexigencia y sobreesfuerzo personal, sin convertirse en una causa común. Esta diferencia no es menor: como señalan Illouz (2012) y Bleichmar (2005), los marcos afectivos disponibles condicionan la capacidad de los sujetos para elaborar el daño y transformarlo en acción política. Allí donde la precariedad se colectiviza, se abre la posibilidad de convertir el cansancio y la frustración en impulso organizativo; cuando se individualiza, se consolida un régimen emocional de auto-gestión del daño que aísla y debilita el lazo social.

Esta divergencia conecta con la noción de traumas desestructurantes de Bleichmar que mencionamos previamente: en el **G2**, la ausencia de soportes comunitarios y de horizontes de futuro claros erosiona la capacidad de proyectarse, reduciendo la libertad a un margen mínimo de supervivencia cotidiana. El “bajón” no se transforma en denuncia, sino en resignación. En el **G1**, en cambio, el malestar encuentra en el espacio colectivo un lugar para simbolizarse y politizarse, lo que evita que la precariedad derive únicamente en retraimiento individual. Desde la perspectiva de Le Breton (2025), podría decirse que el **G1** logra que el cansancio adquiera sentido en una trama de reconocimiento mutuo, mientras que en el **G2** predomina un cansancio sin relato colectivo, más cercano al vacío y la impotencia.

3.2. Afectividad y estados emocionales: malestares y disposiciones subjetivas

Respecto a la circulación de las emociones, en el **G1** el agobio y la incertidumbre tienden a colectivizarse y a politizarse. Como veíamos en el testimonio de una joven que expresa su deseo de “meterse en un tubito” muestra cómo el cuerpo se convierte en frontera frente al desgaste, pero al enunciarlo en grupo se vuelve signo de época y crítica compartida a las condiciones laborales. Otro participante liga su estado de alerta directamente con la situación de la economía, el CONICET y la universidad, inscribiendo la afectividad en marcos estructurales. En contraste, en el **G2** la angustia se enuncia como una vivencia íntima y cotidiana. Una joven reconoce que su vida está marcada por la preocupación constante por la

economía y el trabajo, mientras otra emplea la noción de “privilegio” para describir su capacidad de pagar servicios. Sin embargo, en lugar de transformarse en reclamo colectivo, ese sentimiento se consolida como confirmación de que “cada cual se las arregla” en soledad.

El horizonte temporal también presenta diferencias. En el G1, aunque los jóvenes viven bajo presión y agobio, todavía subsisten proyectos y deseos. Hablan de aprender una disciplina nueva, emigrar un tiempo para recomponerse o abrirse camino en el ámbito profesional, y lo hacen en diálogo con las instituciones: la universidad, el Estado, las políticas públicas. En el G2, por el contrario, el futuro se achica: “no me imagino casa”, “no puedo ahorrar”, “no llego a la compu”. Las metas se reducen a consumos inmediatos, mientras que la estabilidad aparece como un lujo emocional inalcanzable.

En ambos grupos, los relatos juveniles ponen en primer plano un clima de incertidumbre, cansancio y desorientación vital, aunque con disposiciones subjetivas muy distintas. En el G1, la precariedad se traduce en ansiedad, miedo, indignación y tristeza, pero estos afectos encuentran un cauce colectivo que les da sentido. El “bajón” y el “cansancio” se colectivizan, se convierten en signos de época que habilitan la crítica y se inscriben en categorías públicas como “enemigo interno”, “piso común” o “derecho a la educación”. En este grupo, lo afectivo no es secundario: es un prisma a través del cual se interpreta la crisis, la democracia y la convivencia. De allí que, incluso frente a la frustración y la pérdida, aparezcan destellos de esperanza ligados a la posibilidad de cambiar el rumbo.

En el G2, en cambio, las emociones dominantes son la angustia, la frustración y la resignación. Aquí el malestar se procesa de manera más íntima y privatizada: los testimonios giran en torno al “no alcanza”, al “no puedo”, al esfuerzo solitario por pagar el alquiler o sostener la vida cotidiana. Aunque emergen espacios de organización (asambleas universitarias, cooperativas), no logran estructurar el relato general. Lo colectivo aparece como excepción o refugio, mientras que la narrativa central vuelve una y otra vez a las facturas, al trabajo inestable y a la falta de horizontes. El dolor y la precariedad se viven como un mandato de autoexigencia y autogestión del daño, sin transformarse en denuncia colectiva.

Esta diferencia es estructurante. En el G1, los afectos individuales rápidamente se anudan a categorías políticas, lo que abre la posibilidad de que la indignación se vuelva motor de organización y de que la esperanza se sostenga en un horizonte compartido. En el G2, en cambio, las emociones quedan atrapadas en la esfera privada, reforzando disposiciones de soledad, desconfianza y repliegue. Si bien persisten valores como la empatía y la solidaridad, estos se evocan más como anhelos perdidos que como prácticas organizadoras de lo común.

3.2.1. Agobio, incertidumbre y angustia

En el G1 además de las preocupaciones materiales, los relatos de los jóvenes están atravesados por emociones complejas: incertidumbre, miedo, indignación, tristeza y, en algunos casos, destellos de esperanza. Estas afectividades no son un acompañamiento secundario, sino una lente a través de la cual los participantes interpretan su vida cotidiana y las tensiones políticas y económicas que los rodean.

Un participante expresa que su estado anímico está marcado por la ansiedad y la vigilancia permanente:

“Yo no sé si la palabra es bajoneado, sí como con cierta incertidumbre todo el tiempo... muy expectante de todo el tiempo que está pasando y que está por pasar. Es como esa la sensación que tengo la mayoría del tiempo.” - P1.

Sus palabras revelan la dificultad de encontrar un suelo emocional estable: la precariedad se vive como un estado de alerta constante, donde cada día trae nuevos sobresaltos y la tranquilidad parece un lujo inalcanzable.

Otro de los jóvenes confiesa que la política se ha infiltrado incluso en los vínculos más cercanos, alterando sus relaciones afectivas:

“Muchas veces la política se cuela, incluso en las relaciones personales y en cómo me vínculo con mis propios amigos.” - P1.

Esta intrusión de lo público en lo íntimo genera un malestar específico: la imposibilidad de compartir espacios sin miedo al enfrentamiento ideológico. La experiencia afectiva no se limita al ámbito privado, sino que se contamina con la polarización, alimentando el desgaste emocional.

Las decisiones de vida también están teñidas por sentimientos de frustración y pérdida. Una joven relata que, para protegerse de la situación política, se vio forzada a dejar su entorno y asumir el costo afectivo, erosionando el sentido de comunidad y generando tristeza y resignación

“Yo tengo una burbuja muy grande armada... y, por ejemplo, a fines de año me voy a ir de Córdoba, un poco por la realidad política, por la falta de futuras proyecciones, y siento que eso inevitablemente va a debilitar mis relaciones de amistades acá.” - P6.

El miedo a ser juzgado o rechazado también emerge en los testimonios. Una participante reflexiona sobre la autocensura que la polarización impone en la esfera cotidiana:

“Yo creo que un gran problema es que se están discutiendo cuestiones básicas. Y las corrientes, digamos, de pensamiento son tan extremas que dificulta mucho en todos los ámbitos. Creo que, de pareja, de amistades, laborales, hay que cuidarse un montón cuándo dar una opinión y cómo darla y en qué ámbito darla.” - P5.

La prudencia para expresar ideas muestra hasta qué punto la hostilidad política ha minado la confianza entre iguales, generando un clima de inseguridad afectiva donde hablar se siente riesgoso.

La indignación y el sentimiento de injusticia también están presentes. Una trabajadora narra cómo su opinión fue desestimada en su empleo y cómo reclamar sus derechos derivó en una sanción:

“Yo cuando entré a trabajar en una fábrica, mi opinión no valía... No teníamos descanso, trabajábamos ocho horas y media. Yo pedí quince minutos, o sea, hice una tipo queja, y me suspendieron.” - P7.

En esta experiencia, la desigualdad de trato genera rabia y dolor, y el cuerpo se convierte en el lugar donde se inscribe la violencia laboral.

La sensación de pérdida se agrava cuando los jóvenes ven cómo su círculo se desintegra. Un participante lamenta que la falta de oportunidades impulse a muchos a marcharse. La migración aparece, así como una herida emocional: no se trata sólo de una decisión económica, sino de un desgarramiento colectivo que alimenta la tristeza y el sentimiento de abandono.

*“Yo ahora, por el momento, **no estoy viendo casi nada positivo**... muchos de mis amigos... se están por ir para otros lados porque no están encontrando oportunidades acá. Y eso como que te **bajonea** un poco.” - P8.*

Sin embargo, entre tanta desazón también afloran matices de esperanza. Una joven admite que, pese a la saturación informativa y la incertidumbre, mantiene la expectativa de un cambio. Su posición revela una disposición afectiva distinta: la capacidad de vislumbrar una salida y de movilizar fuerzas positivas incluso en un panorama adverso.

*“Yo **sí tengo esperanzas**... no sé cómo explicarlo mejor, pero sí tengo, pienso que algo tenía que cambiar.” - P3.*

Esa nota contrasta con la mirada de otra participante, que externaliza su expectativa a experiencias ajenas. Su esperanza está dirigida hacia lo que ocurre fuera de su entorno inmediato, sugiriendo una decepción profunda con la política nacional y una confianza delegada en otros escenarios.

*“Yo la verdad que **no veo esperanzas en nada**, salvo en el contexto de los países que nos rodean, como esa ola de gobiernos que crean un Estado... me da un poco de esperanza, pero no es de este gobierno.” - P6.*

El temor también se manifiesta en relación con la democracia. Ante la retórica de la enemistad interna y la estigmatización, una participante expresa:

*“Yo creo que cuando se genera un **enemigo interno**, al cual hay que atacar y hay que exterminar, y se utilizan esos términos... eso sí pone en peligro la democracia y, cuanto yo más miedo tenga, menos puedo hacer uso de este derecho.” - P6.*

Este testimonio resume el miedo a la persecución y la autocensura: el temor de ser señalado inhibe el ejercicio de la libertad y marca la experiencia democrática con una afectividad de amenaza.

En conjunto, los relatos del G1 evidencian que el presente no sólo configura condiciones materiales, sino que moldea un paisaje emocional donde la incertidumbre, el miedo y la tristeza conviven con la indignación y la esperanza. Estas emociones son un termómetro del clima social y político, y una clave para comprender cómo los jóvenes interpretan y viven la crisis actual.

Por su parte, el análisis del G2 revela un entramado emocional diverso y contradictorio. A diferencia del G1, donde las emociones se politizan y se comparten, aquí el malestar se vive como una experiencia personal y los afectos oscilan entre la angustia, la frustración y destellos puntuales de esperanza.

En primer lugar, el miedo y la angustia aparecen como estados dominantes. Las intervenciones muestran que la incertidumbre económica genera una sensación de fragilidad y amenaza constante. Este sentimiento de angustia no es individual; se contagia y produce un clima afectivo generalizado. Una participante relata que, más allá de las oscilaciones anímicas, su cotidianeidad está marcada por la preocupación:

*“Asumo que como **todo es medio fluctuante**, ¿no? Pero hay mucha **angustia** por la situación actual, por la economía, por el trabajo. Eso suele ser al menos mi cotidianeidad” - P4.*

Relacionado con ello, la frustración surge al constatar que las aspiraciones se reducen a objetivos mínimos y que el futuro se percibe como impracticable. El deseo se clausura y se redefine en términos de sobrevivencia; la precariedad material socava la imaginación y estrecha el horizonte vital. El dolor por la desigualdad se expresa en testimonios que mezclan privilegio y culpa, como vimos en la cita del apartado anterior perteneciente a la trabajadora social que mencionaba que puede pagar sus facturas, pero muchas familias no logran satisfacer necesidades básicas. Este contraste alimenta sentimientos de empatía y, al mismo tiempo, de desasosiego/zozobra ante la imposibilidad de ayudar a todos.

La conversación en el G2 también deja entrever esperanzas parciales. Algunos jóvenes encuentran motivos de optimismo en la organización universitaria: las asambleas estudiantiles y las tomas de pabellones se consideran espacios de politización y contención. Sin embargo, estas chispas de acción política conviven con la sensación general de que la situación se

deteriora y que el futuro es sombrío. En este marco, un participante recurre a una exageración retórica para expresar el temor a un desenlace violento si no cambian las condiciones:

“Si no se suben los pagos para la gente... la gente se va a terminar matando entre sí” - P5.

El uso de esta hipérbole no debe leerse como una predicción literal, sino como la manifestación de un miedo profundo a la fractura social. La intensidad de la expresión revela cómo la precariedad económica es vivida como amenaza a la cohesión comunitaria, reforzando la percepción de que la crisis podría derivar en conflictos abiertos.

Finalmente, muchos jóvenes coinciden en que se está produciendo una erosión de valores. Una integrante de una cooperativa observa que “yo creo también que cada vez se van perdiendo buenos valores que aportamos todo el tiempo. Me parece que sí se va perdiendo un montón. Y hablo en general, me parece como que la falta de empatía en este momento, cada vez se pone más cruel, cada vez lo ves más de cerca” - P6, mientras otra propone reforzar el compartir, el afecto y la confianza frente al miedo que circula. Estas posiciones muestran que, a pesar de la desconfianza y la autoexigencia, aún se reconocen la empatía y la solidaridad como refugios emocionales.

*“Para mí, los valores que **nos vendrían bien** en este momento son el compartir, también, ligado con empatía, el ofrecer a otros, el cocinar a otros, el escuchar a otros, el afecto también, la confianza, está re difícil porque hay mucho miedo también circulando” - P2*

En resumen, el G2 vive el presente a través de un prisma emocional marcado por la ansiedad, la frustración y el cansancio, con destellos de esperanza en la autoorganización. Los afectos no se politizan ni se comparten como en el G1, sino que se gestionan individualmente y alimentan la resignación. Pese a ello, persiste la intuición de que la empatía y la acción política podrían ofrecer alternativas a la desafección dominante.

3.3. Emociones políticas y democracia

En el G1, en primer lugar, la democracia aparece como un ejercicio de voz y participación. Para muchos jóvenes, vivir en democracia significa poder expresarse y actuar sin temor. Una participante lo explica así:

*“pienso que la democracia es un poco poder **hacer, opinar y decir** lo que cada uno piensa” - P3*

Esta frase sintetiza la idea de que la democracia no se agota en lo electoral: es una práctica cotidiana de libertad de expresión y debate, donde la voz de cada persona cuenta. Estos testimonios subrayan que la libertad de palabra y la ausencia de coerción son condiciones necesarias para vivir una ciudadanía plena.

En segundo lugar, la democracia se vincula a la igualdad y a la soberanía popular. Un participante remarca que todos los votos valen lo mismo, independientemente del poder o la riqueza:

“Tu voto vale uno, igual que cualquier otra persona, tenga el poder que tenga” - P4

Este enfoque enfatiza la dimensión igualitaria de la democracia, donde la soberanía reside en el pueblo y se expresa en la igualdad de derechos políticos. En este marco, la libertad no es un privilegio individual, sino un derecho compartido que se sostiene en la existencia de un “piso común” de oportunidades

“Yo creo que la igualdad es como poder tener todos un mismo piso, en realidad es más como la equidad, en donde podamos llegar a los mismos lugares con más o menos el mismo esfuerzo” - P6

La igualdad, entonces, se concibe como base material para que la libertad sea real: sin un mínimo de bienestar y justicia distributiva, la capacidad de elegir y opinar se vacía de contenido. Sin embargo, no todos ven la democracia actual como suficiente o adaptada a los tiempos. Algunas voces jóvenes advierten que el sistema representativo parece desgastado:

*“Yo creo que es un sistema que sí está quedando **un poco obsoleto**... con nuevas formas, nuevas tecnologías... nos está dejando a pata” - P2.*

Este cuestionamiento expresa una sensación de desajuste entre la democracia tal como está configurada y las demandas de la sociedad contemporánea. Otros participantes enfatizan que la democracia puede ponerse en peligro cuando se construyen discursos que estigmatizan a los opositores como “enemigos internos”, P6. Estas advertencias muestran la preocupación por un deterioro de la convivencia democrática, ya sea por la obsolescencia institucional o por la polarización y el odio.

Los jóvenes subrayaron la importancia de ciertos valores como sustento de la vida democrática. Respeto, educación, ética y moral fueron mencionados como pilares de una ciudadanía responsable (P4), a los que se sumaron la equidad y la empatía. En este marco, la igualdad no se entiende como homogeneidad, sino como la necesidad de asegurar un “piso común” (P6) que permita a todos proyectarse, incluso con apoyos adicionales para quienes parten de contextos más desventajados. Pese a las tensiones y al cansancio emocional, la democracia sigue siendo vista como el mejor horizonte posible, siempre que se renueve y se fortalezca a partir de estos valores.

Para este grupo, la democracia no se limita al acto electoral: es un entramado de valores y derechos que atraviesan la vida cotidiana. Poder expresarse y actuar sin miedo aparece como condición para el ejercicio de una ciudadanía plena. Como señalaron algunos participantes, la libertad no consiste en un individualismo absoluto, sino en la posibilidad de alcanzar metas dentro de un marco que garantice la convivencia y el bienestar colectivo (P1). A

la vez, remarcaron que esa libertad sólo cobra sentido si se sostiene en la igualdad política y material. El recordatorio de que “tu voto vale uno, igual que cualquier otra persona” (P4) expresa que la soberanía popular depende de esa base de equidad.

En el plano afectivo, el grupo expresó una combinación de preocupación y esperanza. La primera se nutre del miedo a la persecución, de la autocensura y del desgaste que provoca una convivencia política cargada de conflictos. Pero también aflora la expectativa de que la democracia puede revitalizarse si se garantizan derechos básicos como la educación, la salud y la justicia social, y si se reconstruye un horizonte compartido que habilite consensos más amplios.

En síntesis, para el G1 la democracia es un espacio vivo de igualdad y libertad, donde la soberanía popular y el respeto mutuo resultan centrales. Reconocen los límites y tensiones del presente, pero no renuncian a la posibilidad de transformarlo. Creen que, mediante la recuperación de la empatía, la equidad y la responsabilidad colectiva será posible sostener un vínculo afectivo positivo con lo político y expandir las libertades de manera justa.

Por su parte, en el G2, la discusión sobre democracia, libertad y valores adquirió un tono mucho más pragmático y contradictorio que en el G1. La mayoría de los jóvenes ven la democracia a través de sus experiencias cotidianas de precariedad y exclusión. Por eso, lejos de definirse en abstracto, la democracia se valora o cuestiona según su capacidad para responder a las urgencias y garantizar condiciones de vida dignas.

En las intervenciones aparecen voces críticas que expresan desencanto con el régimen electoral. Para una participante el voto se vacía de sentido cuando la elección no mejora la vida de la gente.

“las últimas elecciones me dieron la sensación de que la democracia no estaría funcionando tanto, porque la mayoría terminó votando algo contraproducente para sí mismas”- P2.

En esa misma línea, esta joven sugiere que la verdadera democracia se vive en la cotidianeidad de los barrios y las facultades. Este desplazamiento muestra que la legitimidad se traslada a experiencias de autoorganización y solidaridad, frente a la percepción de que las instituciones formales no cumplen su función.

“Para mí la democracia está más en las organizaciones en los barrios... en cómo nos las arreglamos en grupos más pequeños para subsistir. Ahí veo lo democrático, ahora” -P2..

La libertad, para estos jóvenes, no se concibe en términos de abstracción liberal, sino como posibilidad de subsistencia y reconocimiento. Para algunos, como P1, la libertad se reduce a poder “opinar o hacer algo sin miedo a ser juzgado” y a tener la oportunidad de “soñar” sin que todo sea imposible, como señala P2

“Y de soñar, como de que no sea todo imposible, sino como que haya un margen de posibilidad para hacer eso, para mí es la libertad. Tener un horizonte” - P2

Sin embargo, la mayoría coincide en que la libertad está condicionada por la economía. La precariedad material estrecha el horizonte vital y convierte la libertad en un lujo que sólo puede ejercerse una vez cubiertas las necesidades básicas.

En materia de valores, aflora una mezcla de añoranza y reivindicación. Varias intervenciones denuncian la pérdida de la empatía y la crueldad creciente: “Cada vez se van perdiendo buenos valores... la falta de empatía en este momento cada vez se pone más cruel” - P6. Frente a ello, se reivindican como urgentes el compartir, el afecto y la confianza, aunque se reconoce que “hay mucho miedo... es difícil confiar” - P2. Estas palabras muestran que el miedo a la violencia y a la inseguridad fractura el tejido comunitario y social, incluso entre pares.

A pesar de la desilusión, algunas voces rescatan la participación política como herramienta de cambio. Un joven asegura que confía “totalmente en la política” P2, mientras que otro joven opina completamente lo opuesto “yo confío totalmente en la política. De hecho, creo que es la única herramienta de transformación social que tenemos en este momento” - P4, aunque otros le respondan con escepticismo. Además, la aparición de asambleas autoconvocadas en la universidad es vista como una señal positiva de repolitización y de construcción democrática “desde abajo”. En estas asambleas, los estudiantes discuten no sólo sobre el presupuesto o las paritarias, sino también “cómo queremos que sea la facultad y el vínculo con los docentes, con el rectorado, con la nación”-P2. Esta experiencia de participación directa contrasta con el desencanto generalizado y ofrece un horizonte de esperanza para quienes ven en la autoorganización un refugio frente a la crisis institucional.

Sintetizando, para el G2, la democracia se percibe menos como un ideal normativo y más como un recurso práctico que depende de las condiciones materiales y del tejido comunitario. La libertad se vive como una aspiración cercada por la precariedad, y los valores democráticos se resquebrajan bajo el peso del miedo y la desconfianza. Sin embargo, la insistencia en construir espacios de solidaridad y participación muestra que incluso en la desafección persisten formas que podrían recomponer el vínculo afectivo con lo político.

Comparativamente, en relación con la democracia, la libertad y los valores, los relatos confirman que estas nociones se viven y se definen afectivamente. En el G1, la democracia se asocia a la posibilidad de expresarse sin miedo, a la igualdad en el valor del voto y a la necesidad de un “piso común” que haga efectiva la libertad. Este enfoque refleja lo que Ahmed (2015) describe como “orientación afectiva”: la experiencia democrática se orienta hacia el reconocimiento mutuo y la justicia distributiva, reforzando la idea de que la libertad es inseparable de la equidad material. Sin embargo, también se advierte un malestar con el

sistema representativo, percibido como obsoleto, y un temor creciente frente a discursos que construyen enemigos internos, lo que conecta con la advertencia de Butler (2004) sobre cómo el miedo puede inhibir el ejercicio de derechos.

En el G2, la democracia se percibe más como un recurso práctico que como un ideal normativo: vale en la medida en que resuelva necesidades concretas. La libertad se define en términos de posibilidad de subsistencia y de mantener un horizonte de sueños modestos, pero siempre bajo la presión de la economía. Esta mirada se vincula con lo planteado por Mouffe (2018) sobre la disputa por las pasiones políticas: sin marcos colectivos que articulen la frustración con un proyecto democrático, la adhesión se vuelve volátil y dependiente de resultados inmediatos. La pérdida de empatía y el avance del miedo erosionan el tejido comunitario, aunque persisten destellos de agencia en experiencias de autoorganización universitaria y comunitaria.

En ambos grupos, la afectividad aparece como terreno de disputa política. La bronca, el miedo y la frustración pueden alimentar tanto la demanda de justicia como el repliegue individualista o la adhesión a discursos autoritarios que prometen orden y certezas. La diferencia radica en la existencia -o ausencia- de espacios que politicen el malestar. Allí donde hay lenguajes comunes y soportes colectivos, las emociones negativas pueden convertirse en fuerza transformadora; donde predominan la autoexigencia y la desconfianza, esas mismas emociones se encapsulan, reforzando la impotencia. Este hallazgo reafirma que, como señala Reguillo (2017), las emociones son huellas que inscriben la experiencia social en los cuerpos, pero su sentido político dependerá de las tramas de reconocimiento y de las narrativas que logren activarlas.

En el G2 sí hay organización: aparecen asambleas y una cooperativa que constituyen señales valiosas de acción colectiva. Sin embargo, la diferencia no reside en una oposición entre presencia o ausencia de lo colectivo, sino en aquello que domina la escena narrativa. En el G1, lo colectivo funciona como marco de lectura: las experiencias se piensan en relación con el Estado, la universidad, los derechos o la democracia, y desde allí se nombran tanto las causas del malestar como las posibles respuestas. En el G2, en cambio, lo colectivo irrumpe como excepción que acompaña o contiene, pero no organiza el relato central, que regresa de manera insistente a lo individual -la boleta, el alquiler, el “no puedo”. Esto no significa que en el G1 no existan vivencias individuales; sí aparecen, pero rápidamente se anudan a categorías públicas como “enemigo interno”, “piso común”, “no recortar universidad”, “CONICET” o “salud/educación”, y derivan hacia una discusión de valores y régimen democrático, en lugar de quedar encapsuladas en la esfera íntima o doméstica.

La interpretación de los relatos sugiere que el desafío para fortalecer la democracia no pasa solo por ofrecer respuestas materiales a la precariedad, sino por reconstruir marcos

afectivos que permitan colectivizar el malestar, ampliar el horizonte de lo posible y reanclar la libertad en un proyecto común. Sin esa dimensión, el campo emocional queda abierto a capturas regresivas que prometen seguridad a cambio de derechos, consolidando un clima de desafección y repliegue.

4. Conclusiones

El análisis de los dos grupos revela que la precariedad económica es un territorio compartido, pero afectivamente diferenciado. En el G1, el malestar se politiza: se nombra como injusticia estructural y se conecta con lenguajes de derechos, igualdad y comunidad. En el G2, el mismo malestar se vuelve experiencia íntima y solitaria, administrada mediante sobreesfuerzo y autogestión del daño. Esta divergencia no remite a problemas “distintos”, sino a marcos afectivos y narrativos distintos para habitarlos. Allí donde hay recursos colectivos y gramáticas críticas, el cansancio encuentra un sentido común; donde predominan la desconfianza y la intemperie, la precariedad se internaliza y clausura horizontes. En otras palabras, en el G1, la precariedad alimenta la crítica y puede volverse motor de organización; en el G2, la misma precariedad clausura horizontes y se convierte en un límite que desgasta y aísla.

La democracia, la libertad y los valores se vivencian como experiencias encarnadas y no sólo como principios abstractos. Para los y las jóvenes del G1, la democracia supone voz sin miedo e igualdad en el ejercicio de la soberanía, pero exige un “piso” material que haga efectiva la libertad. A la vez, advierten signos de desgaste institucional y el peligro de discursos que fabrican “enemigos internos”, erosionando la convivencia. En el G2, la democracia es evaluada de modo más pragmático: vale si resuelve urgencias y sostiene la vida cotidiana. La libertad se traduce en subsistencia y en la posibilidad -estrecha- de sostener pequeños proyectos; los valores se perciben en retroceso, con una pérdida de empatía que encarece la vida común.

En términos de subjetivación, el G1 tiende a configurarse en clave colectiva y politizada. La precariedad no se narra como mala suerte individual, sino como condición estructural que debe enfrentarse con organización. Esto produce subjetividades que se reconocen como sujetos de derechos, capaces de reclamar, disputar y proyectar futuro. Aun en medio de la incertidumbre, emociones como miedo, angustia o indignación se inscriben en un horizonte compartido que habilita crítica y la acción: no solo un “yo agotado”, sino un “nosotros precarizado” que puede devenir actor político. En el G2, por el contrario, predomina una subjetivación individualizante y resiliente. La precariedad se traduce en autoexigencia y estrategias de supervivencia personal con horizontes acotados al corto plazo.

La diferencia no es absoluta -hay vivencias individuales en el G1 y experiencias colectivas en el Grupo 2-, pero sí es clara en lo que domina la escena narrativa. En el primero, lo común y lo político son marcos de lectura: universidad, democracia, derechos, Estado. En el segundo, lo colectivo aparece como excepción que contiene o acompaña, pero no organiza la experiencia; allí el malestar se vive sobre todo como fragilidad íntima. Esto genera dos modos de subjetivación frente a la misma precariedad: por un lado, un sujeto político que reconoce causas estructurales y se vincula a lo colectivo para proyectar cambios; por otro, un sujeto gestor que internaliza la precariedad como problema personal y responde con esfuerzo individual y resignación.

Este análisis nos permite afirmar que la disputa política hoy es, también y, sobre todo, una disputa por las sensibilidades. Los hallazgos confirman la hipótesis de partida: las juventudes no son apáticas, sino que procesan el malestar mediante afectos complejos y contradictorios. La bronca, el miedo o la frustración no conducen automáticamente a la despolitización ni al autoritarismo: pueden habilitar acción democrática cuando existen mediaciones colectivas, pero derivar en resignación o cinismo cuando esas mediaciones faltan. La politicidad juvenil, por lo tanto, no ha desaparecido, pero está desigualmente distribuida y organizada.

Las implicancias públicas se desprenden con nitidez. Primero, la estabilidad material no es condición alternativa sino coimplicada con la estabilidad afectiva: políticas de ingresos, alquiler y acceso a servicios deben articularse con dispositivos de salud mental comunitaria y con infraestructura de participación juvenil. Segundo, la educación -en sentido amplio- emerge como institución clave para recomponer el tejido cívico: espacios de deliberación, alfabetización mediática y trabajo sobre el desacuerdo pueden reducir la autocensura y desactivar la lógica del “enemigo interno”. Tercero, la política comunicacional necesita una gramática sensible a la vida concreta: narrativas que reconozcan el daño, habiliten reconocimiento y ofrezcan rutas de acción compartidas son más eficaces que el simple repertorio tecnocrático o moralizante.

En términos propositivos, los resultados sugieren tres movimientos estratégicos para fortalecer el vínculo afectivo con la democracia: reconstruir un piso material que haga vivible la libertad; multiplicar dispositivos de escucha y deliberación que transformen el miedo en palabra y el enojo en demanda; y cultivar valores practicados -respeto, empatía, cuidado- como condiciones de posibilidad de lo común. En este horizonte, construir una pedagogía democrática resulta necesario, ello implica concebir espacios donde la participación y la igualdad no sean consignas abstractas, sino prácticas que se ejercitan cotidianamente. Es allí donde el malestar encuentra un cauce colectivo y donde la libertad deja de ser un lujo para volverse horizonte compartido. En definitiva, el desafío es construir una especie de escuela

democrática, entendida no como institución educativa, sino como forma de socialización política y afectiva que enseña a vivir juntos en la diferencia y a sostener lo común.

5. Bibliografía

Ahmed, S. (2015). La política cultural de las emociones (C. Olivares, Trad.; 2ª ed.). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género.

Banco Mundial. (2016). Out of school and out of work: Risk and opportunities for Latin America's
 ninis.
 Recuperado
 de
 <https://www.worldbank.org/en/events/2016/01/07/out-of-school-and-out-of-work>

Bleichmar, S. (2003, 30 de julio). Acerca de la subjetividad [Desgrabación de conferencia]. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario. Recuperado de
 <https://silviableichmar.com/conferencia-silvia-bleichmar-acerca-de-la-subjetividad/>

Bleichmar, S. (2005). Subjetividad en riesgo. Herramientas para el rescate. Gobierno de la Ciudad
 de
 Buenos
 Aires.
 Recuperado
 de
 <https://silviableichmar.com/subjetividad-en-riesgo-herramientas-para-el-rescate-gobierno-de-la-ciudad-de-buenos-aires-2005/>

Bleichmar, S. (2005, 8 de abril). Subjetividad en riesgo: herramientas para el rescate [Desgrabación de conferencia]. Ciudad de Buenos Aires. Recuperado de
 <https://silviableichmar.com/subjetividad-en-riesgo-herramientas-para-el-rescate-gobierno-de-la-ciudad-de-buenos-aires-2005/>

Bleichmar, S. (2010) El Desmantelamiento de la Subjetividad. Estallido del Yo. Buenos Aires. Editorial Topía.

Borisonik, H. (16 de febrero de 2025). Algoritmos y ultraderecha: la tecnopolítica del malestar.
 Jacobin
 Revista.
 <https://jacobinlat.com/2025/02/algoritmos-y-ultraderecha-la-tecnopolitica-del-malestar/>

Butler, J. (2004). Vida precaria. Paidós.

CIPPEC. (2024). Raíces de la crisis: los jóvenes, los más castigados por la falta de empleo. Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento. Recuperado de
 <https://www.cippec.org/textual/raices-de-la-crisis-los-jovenes-los-mas-castigados-por-la-falta-de-empleo>

El País. (2024, 4 de diciembre). El 70% de los jóvenes de América Latina trabajarán en el sector servicios para 2030. El País – América Futura. Recuperado de
 <https://elpais.com/america-futura/2024-12-04/el-70-de-los-jovenes-de-america-latina-trabajaran-en-el-sector-servicios-para-2030.html>

- Feixa, C. (2008). De jóvenes, bandas y tribus. Barcelona: Ariel.
- Fundación Friedrich Ebert (FES). (2025). Juventudes y democracia en América Latina. Quito: FES-ILDIS. Recuperado de <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/quito/22214.pdf>
- Gago, V. (2014). La razón neoliberal. Buenos Aires: Tinta Limón.
- García Villegas, M. (2025, 21 de junio). “La emoción que está moviendo al mundo y a Colombia es el resentimiento”. El País. <https://elpais.com/america-colombia/2025-06-21/mauricio-garcia-villegas-sociologo-y-ensayista-la-emocion-que-esta-moviendo-al-mundo-y-a-colombia-es-el-resentimiento.html>
- Illouz, E. (2012). Por qué duele el amor: Una explicación sociológica. Buenos Aires: Katz Editores.
- Illouz, E. (2023). La vida emocional del populismo: Cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia. Katz.
- Infobae. (2025, 10 de junio). El desempleo juvenil supera 3,6 veces al de los adultos: cuáles son los desafíos de las nuevas generaciones. Infobae. Recuperado de <https://www.infobae.com/sociedad/2025/06/10/el-desempleo-juvenil-supera-36-veces-al-de-los-adultos-cuales-los-desafios-de-las-nuevas-generaciones>
- Innerarity, D. (2025, 29 de mayo). Algo hemos hecho mal para que ascienda la ultraderecha. El País. <https://elpais.com/opinion/2025-05-29/algo-hemos-hecho-mal-para-que-ascienda-la-ultraderecha.html>
- Iprofesional. (2025, 24 de febrero). Encuesta nacional: los jóvenes respaldan a Milei y apuntalan sus chances para octubre. Iprofesional. Recuperado de <https://www.iprofesional.com/politica/431958-encuesta-nacional-los-jovenes-respaldan-a-milei-y-apuntalan-sus-chances-para-octubre>
- Kessler, G. (2015). Contornos del desorden. Fondo de Cultura Económica.
- Le Breton, D. (2012). “Por una antropología de las emociones”. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad, vol. 4, núm. 10, , pp. 67-77.
- Le Breton, D. (2025, 22 de abril). David Le Breton, antropólogo: “Las redes sociales reducen el placer de vivir”. El País. <https://elpais.com/ideas/2025-04-22/david-le-breton-antropologo-las-redes-sociales-reducen-el-placer-de-vivir.html>
- López, M. P. (2019). Apuntes para las militancias: Feminismos, promesas y combates (1.ª ed.). La Plata: Estructura Mental a las Estrellas.
- Martínez, C. y Soto, A. (2023). Juventudes y derechas emergentes en América Latina. CLACSO.
- Mouffe, C. (2018). Por un populismo de izquierda. Siglo XXI.

Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2024). En Argentina, 6 de cada 10 jóvenes trabajan en condiciones informales. OIT. Recuperado de <https://www.ilo.org/es/resource/news/en-argentina-6-de-cada-10-jovenes-trabajan-en-condiciones-informales>

Perfil. (2025, 18 de abril). El 59% de los jóvenes aprueba la gestión de Milei, pero el apoyo baja al 40% entre mujeres. Perfil. Recuperado de <https://www.perfil.com/noticias/canal-e/aseguran-que-el-59-de-los-jovenes-aprueba-la-gestion-de-milei-pero-eso-baja-al-40-entre-mujeres.phtml>

Piqueras Rodríguez, J. A., Ramos Linares, V., Martínez González, A. E., & Oblitas Guadalupe, L. A. (2009). Emociones negativas y su impacto en la salud mental y física. *Suma Psicológica*, 16(2), 85–112. Fundación Universitaria Konrad Lorenz.

Reguillo, R. (2017). Paisajes insurrectos: Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio. España: NED Ediciones.

Seman, P. (2024). Está entre nosotros. Siglo Veintiuno Editores.

UNICEF. (2021). Juventudes argentinas y prioridades de política pública. Buenos Aires: UNICEF Argentina. Recuperado de <https://www.unicef.org/argentina/media/13411/file/Juventudes%20argentinas%20y%20prioridades%20de%20pol%C3%ADtica%20p%C3%BAblica.pdf>

Anexo metodológico – Caracterización de los grupos focales

El trabajo de campo se estructuró en torno a dos grupos focales realizados en Córdoba capital con jóvenes de entre 17 y 30 años. Ambos grupos incluyeron participantes organizados y no organizados, pero presentaron diferencias sustantivas en sus trayectorias sociales, laborales, educativas y políticas. El primero (Grupo 1) operó como grupo de control, y el segundo (Grupo 2) estuvo compuesto mayoritariamente por jóvenes con trayectorias marcadas por la precariedad. A continuación, se detallan sus características.

Grupo 1 – (Control -30)

El Grupo 1 estuvo conformado por ocho participantes (P1 a P8), de entre 20 y 30 años, residentes en Córdoba Capital y alrededores. En su mayoría se identificaron como parte de sectores de clase media profesionalizada, estudiantes avanzados o jóvenes con trayectorias laborales formales pero atravesadas por la precariedad. Varios cuentan con experiencias vinculadas a organizaciones políticas, académicas o sociales, aunque no todos se definen como militantes activos.

Los perfiles son diversos: Rodrigo (P1), de 26 años, antropólogo y becario doctoral del CONICET, oriundo de Los Córdones y residente en Nueva Córdoba; Lucas (P2), de 29 años, diseñador de videojuegos que vive con un amigo en Alberdi, con experiencia de vida entre

Córdoba y Buenos Aires; Trinidad (P3), psicopedagoga, vive en una casa familiar, expresa alta reflexividad y participación activa en el debate; Guillermo (P4), trabajador del área contable con proyección de independencia laboral; Micaela (P5), microemprendedora; Josefina (P6), abogada, frustrada por las limitaciones para incidir en políticas públicas desde su profesión; Milagros (P7), que expresa una mirada crítica aunque reconoce cierta mejora económica relativa; y Diego (P8), que valora la educación y la salud como pilares de la organización social. En conjunto, se trata de jóvenes con elevado capital educativo, inserción laboral calificada aunque inestable, y un nivel significativo de reflexividad política. Sus discursos se caracterizan por un lenguaje crítico, con referencias a la democracia, los derechos y el rol del Estado. La precariedad se interpreta en clave estructural y se politiza, lo que da lugar a sensibilidades democráticas atentas a la desigualdad y a los efectos del modelo económico vigente.

Grupo 2 – Jóvenes organizados y no organizados (Oficial -30)

El Grupo 2 estuvo conformado por seis participantes (P1 a P6), con edades entre 17 y 27 años, y trayectorias marcadas por una fuerte heterogeneidad social, educativa y laboral. A diferencia del Grupo 1, aquí predominan condiciones más inestables: algunos jóvenes continúan estudios secundarios o terciarios, otros ya están insertos en el mercado laboral en situaciones de informalidad o precariedad. La experiencia política organizada es más limitada y aparece, sobre todo, desde espacios comunitarios o laborales puntuales. La emocionalidad del grupo se encuentra atravesada por el agotamiento cotidiano, la incertidumbre vital y una fuerte sensibilidad frente a las desigualdades.

Los perfiles permiten dar cuenta de esta diversidad: Thiago (P1), de 17 años, estudiante secundario que vive con sus padres en Malvinas Argentinas; Azul (P2), de 25 años, estudiante de teatro y trabajadora en la PyME textil de su familia, que vive sola en Alta Gracia desde hace tres años; Guadalupe (P3), de 27 años, trabajadora social empleada en el Ministerio de Desarrollo Social y en un centro para personas con discapacidad, bajo la condición de monotributista, convive con su pareja; Florencia (P4), cuya intervención se centra en cuestiones de valores democráticos, trabaja en una villa popular; Maik (P5), que aporta reflexiones sobre economía doméstica y confianza institucional, vive con los padres, familia numerosa; y Malena (P6), trabajadora en una fundación con cooperativa de cosmética natural, vinculada a territorios populares como Villa La Toma y El Tropezón.

En conjunto, el grupo refleja experiencias más cercanas a la exclusión social, con condiciones habitacionales y laborales inestables y vínculos más débiles con instituciones políticas o educativas. Sin embargo, aparecen formas incipientes de organización barrial o cooperativa, así como una conciencia crítica respecto de las desigualdades y del impacto del ajuste. Las características comunes incluyen precariedad laboral y habitacional, menor institucionalización política y formas de politización menos estructuradas, aunque acompañadas por una

KAIROS. Revista de Temas Sociales

ISSN 1514-9331. URL: <http://www.revistakairos.org>

Proyecto Culturas Juveniles

Publicación de la Universidad Nacional de San Luís

Año 29. Nº 56. Diciembre de 2025

sensibilidad marcada hacia la injusticia y por intentos de sostener organización comunitaria en contextos adversos.